

L I N Y U T A N G

LA FILOSOFIA DEL TAOISMO

Si me obligasen a indicar mi religión en la casilla de una hoja de inmigrante, me sentiría tentado a apuntar la palabra "taoísta", para asombro del funcionario de aduanas, que probablemente no la habría oído nunca. Constantemente he tenido el pensamiento de encontrar una religión que fuese aceptable para un científico. Porque ése es el problema central de la época. El Tao del taoísta es la divina inteligencia del universo, la fuente de las cosas, la vida que da origen; él informa y transforma todas las cosas; es impersonal, imparcial y tiene pocos miramientos para con los individuos. Es inmanente, informe, invisible y eterno. Lo mejor de todo es que el taoísta no pretende hablarnos de Dios; insiste hasta la machaconería en que el Tao no puede ser nombrado, y que el Tao que tiene nombre no es Tao. Por encima de todo, el único mensaje importante del taoísmo es la unidad y espiritualidad del universo material.

He seguido los progresos del pensamiento científico, y tengo razones para creer que el período de craso materialismo del siglo XIX está para siempre en ruinas porque ya no es sostenible a la luz de la física moderna. Mientras Carlos Marx desarrollaba su dialéctica materialista en plena floración de la ciencia mecanicista, un sabio de la Nueva Inglaterra escribía, inesperadamente:

"No tengas miedo de la nueva generalización. ¿Qué la cosa parece grosera y material y amenaza rebajar tu teoría del espíritu? No le

opongas resistencia, que va a refinar y elevar en la misma medida tu teoría de la materia”.

Esto se publicó en 1847. Mientras tanto los físicos han venido cavando desde abajo los cimientos de la materia misma. Como dice Eddington, resumiendo el siglo de investigación: “Hemos perseguido la substancia sólida desde el líquido continuo hasta el átomo, del átomo al electrón, y allí la hemos perdido” (13).

Lo que hace el electrón dentro del átomo se resume en estas pocas palabras: “Algo desconocido está haciendo no sabemos qué” (14). Por todas partes, en el *quantum* de la luz, lo corpuscular y lo no corpuscular se encuentran, y confunden y desesperan al investigador de la verdad. Ha pasado un siglo desde que escribía Emerson, y se ha completado un ciclo. Eddington ha escrito:

“Quizá se diga que la conclusión que se deduce de estos argumentos tomados de la ciencia moderna en que cuando primeramente llegará a ser posible la religión para un científico razonable, será allá para el año 1927. Si hemos de atenernos a este traído y llevado personaje, al hombre consecuentemente razonable, podemos apuntar que no sólo la religión, sino la mayoría de los aspectos corrientes de la vida pasarán por primera vez a ser posibles para él en ese año. Ciertas actividades corrientes (por ejemplo, el enamorarse) me figuro que todavía le están vedadas. Si nuestra esperanza resulta fundada, 1927 habrá visto el derrocamiento final de la estricta causalidad por obra de Heisenberg, Bohr, Born y otros, y ese año se clasificará de seguro como una de las épocas más grandes en el desarrollo de la filosofía científica” (15).

El misticismo suele asustar a la gente de corte racional, principalmente por las extravagancias de algunos de sus devotos. Pero no hay por qué espantarse del misticismo de Laotsé, de Whitman y de Eddington. Las matemáticas instrumento de la ciencia, operan con ecuaciones, y no nos han dado otra cosa que ecuaciones, más el nuevo conocimiento de la vacuidad esencial de la materia. Cuando Laotsé y Chuangtsé hablaban empleando una fraseología mística, de la “esquividad” del Tao, debemos recordar que no eran místicos, sino buenos observadores de la vida. Porque no hay que olvidar que esa calidad de “esquividad” de los procesos de la vida es exactamente lo que frente a sí encuentra el pensamiento científico en su laboratorio. El hombre de ciencia da con los nudillos en la puerta, y ésta se niega a

(13) A. S. Eddington, “La naturaleza del mundo físico”, página 318.

(15) Ibid., pág. 320.

(14) Ibid., pág. 291.

abrirse; en el momento en que está a punto de descubrir el secreto de la vida, la vida enmudece por completo. El sabio ha dado caza a la materia, y ésta se le pierde en el electrón; persiguió a la vida y se le pierde en el protoplasma; se lanzó al acaso de la conciencia, y se le pierde en las ondas eléctricas del cerebro. Por encima de sus ecuaciones matemáticas y contra ellas, se ha mantenido firmemente, clara, resistente, inquebrantable, la esfera de la significación, de la belleza, del amor y de la belleza, para la que no hay instrumento alguno con que proceder a su exploración científica. El conocimiento intuitivo y el conocimiento matemático no se encuentran nunca, porque se asientan evidentemente en planos distintos. Las matemáticas son un instrumento de la mente humana y un modo de expresar lo que esa mente puede ver y razonar en relación con los fenómenos físicos, y nada más. El conocimiento intuitivo es diferente del matemático o simbólico, tal como se expresa en ecuaciones, y no subordinado a él. El profesor F. S. C. Northrop, de Yale, llama la atención sobre la importancia de reconocer el lugar del conocimiento intuitivo del "*continuum* indiferenciado estético", y el derecho que a la existencia tiene este género de conocimiento, que está, según todas las posibilidades, más cerca de la realidad que el conocimiento diferenciado de la mente racionante, y es exactamente lo que Laotsé quería decir cuando ponía en guardia contra el peligro de "fraccionar". Chuangtsé se muestra particularmente concreto. "La desventaja de mirar las cosas en partes separadas, está en que cuando empezamos a fragmentar y analizar, cada cual trata de ser exhaustivo. La desventaja de tratar de ser exhaustivo está en ser conscientemente (mecánicamente) exhaustivo. Vamos cada vez más hondo, olvidándonos de volvernos, y vemos un fantasma (las apariencias externas de las cosas solamente). O bien seguimos adelante y nos imaginamos haber acertado, y lo que hemos logrado asir no es más que un esqueleto. Porque una cosa que ha conservado su substancia, pero ha perdido el toque de la vida, no es más que un fantasma (de realidad). Sólo quien es capaz de imaginar lo informe en lo formado puede llegar a la verdad" (16).

El físico tiene por necesidad que limitarse a las formas, sustancias y movimientos observables, a los fenómenos reductibles a cálculos matemáticos, y por lealtad para con su tema cierra conscientemente los ojos a los fenómenos que no pueden tratarse por vía matemática —los fenómenos de la vida, del espíritu, de la conciencia— que han de quedar como remanente eterno de la ciencia.

(16) V. Selección 52.2.

Por su parte para nosotros, más enteramente fuera aún de la esfera del significado —es decir, rigurosamente como “territorio ilegítimo”— se halla la esfera de las significaciones y de los valores. En este sentido expostula Eddington la importante distinción entre el “conocimiento simbólico” (propio de la ciencia) y el “conocimiento íntimo” de la experiencia cotidiana. Eddington refuta hábilmente a los críticos que habrían calificado de “desatino”, o tal vez de “condenado desatino”, inclusive, sus visiones místicas. “¿Cuál es la base física del desatino?, pregunta. Otros críticos pueden hablar con derecho de *desatino*; pero el positivista no tiene ningún derecho a hacerlo, porque la palabra *desatino* implica una valoración, lo cual no se legitima dentro de la lógica de la ciencia, y *condenado disparate* supone una valoración mayor aún; no es verosímil que nos tropecemos con un *condenado desatino*” (17). Y así, afortunadamente, sigue existiendo con nosotros el mundo del significado y de los valores. “Como hombres de ciencia, comprobamos que el color es meramente una cuestión de longitud de ondas y de vibraciones etéreas; pero eso no parece haber disipado el sentimiento de que los ojos que reflejan la luz a una longitud de onda de cerca de 4.800, constituyen un tema de rapsodia, mientras que los que la reflejan a una longitud de onda de 5.300 se quedan sin que nadie los cante” (18).

Robert A. Milikan, decano de los sabios norteamericanos, hizo una declaración notable y, a juicio mío, importantísima, sobre religión, al leer un texto ante la American Physical Society, el 29 de abril de 1947.

“Una filosofía puramente materialista es para mí el colmo de la estupidez. Los hombres sensatos de todos los tiempos han visto siempre lo suficiente para que, por lo menos, se muestren reverentes. Permítaseme citar a un investigador eminente como Einstein: “Para mí es suficiente contemplar el misterio de la vida consciente perpetuándose a través de toda la eternidad, reflexionar sobre la maravillosa estructura del universo, que podemos percibir oscuramente, y tratar humildemente de comprender incluso una parte infinitesimal de la inteligencia manifiesta en la naturaleza”.

“Una definición de Dios como ésta es la que yo necesito.

“Me jacto de haber tomado en mi vida unas cuantas decisiones sensatas, ¿y por qué no? Porque mientras que el Gran Arquitecto tuvo que dirigir El solo las primeras etapas del proceso evolutivo, la parte

(17) Ibid., pág. 345.

(18) Ibid., pág. 341.

de El que se ha vuelto nosotros —porque evidentemente estamos dentro, y no fuera, del plan de la creación— ha ido acelerando pasmosamente la marcha de la evolución vegetal, animal y humana, puesto que hemos empezado a cobrar conciencia del papel que teníamos que representar. Lo que nos hace semejantes a dioses es nuestro sentido de la responsabilidad para representar nuestro papel lo mejor que podemos” (19).

Parece que los sabios de todos los tiempos, sin distinción de país ni de época, hayan visto la gran verdad del mundo. El doctor Milikan, Einstein, Eddington, Emerson, Laotsé y Changtsé, con antecedentes distintos y en posesión de instrumentos de conocimiento diferentes, vuelven todos casi a la misma cosa. La profesión de fe dada más arriba es, a mi ver, aceptable para la mayoría de los hombres modernos que piensan. Pero las ideas son característicamente taoístas: “Para mí es *suficiente* contemplar, etc.”, “la inteligencia *manifiesta en la naturaleza*”, que podemos “*percibir oscuramente*”, y “la parte de *El que se ha vuelto nosotros*”. También Emerson dice que era *una parte de “Dios en la naturaleza”*.

Lo que Emerson escribía hace cien años sigue siendo verdad aún hoy en día. “Tenemos la misma necesidad de pedir una visión religiosa del mundo. Nunca podemos ver el Cristianismo desde el catecismo —desde las praderas, desde un barco en reparación, en medio de los cantos de las aves silvestres, “posiblemente sí”. A estas alturas, aproximadamente, estamos hoy; posiblemente es todo lo que necesitamos. Y Laotsé añade: “Aquel que no piense así tiene cerrada la puerta de la divina inteligencia” (20).

II

Laotsé está lleno de paradojas. Esto llegó a ser casi un amaneramiento en él. “No hacer nada y todo está hecho”. “Porque el sabio es capaz de olvidarse de sí mismo, es por lo que su mismo yo cobra conciencia de sí”. La elaboración de una paradoja es como la formación de un cristal. Un cristal se forma cuando se ha sometido determinada materia a un cierto cambio de temperatura, y cuando se da esa circunstancia no es un solo cristal, sino un gran número de ellos lo que forma al mismo tiempo. Formulamos una declaración paradójica cuando tomamos un punto de vista fundamental o una escala de valores que

(19) Transcrito por William L. Laurence, *New York Times*.

(20) Conversaciones entre Laotsé y Confucio, II.

son diametralmente opuestos a los comúnmente admitidos. La paradoja de Jesús: “el que quiera perder su vida la salvará”, arranca la concepción de dos niveles de vida diferentes —el espiritual y el físico—; pero al juntar ambos obtenemos lo que superficialmente aparece como una frase paradójica.

¿Cuál es el punto de vista básico de Laotsé, punto de vista tan fecundo en paradojas y que le permite enseñar la fuerza de la debilidad, la superioridad de estar abajo, la precaución contra la arrogancia del triunfo? La respuesta ha de encontrarse en la doctrina de la reversión universal, de los ciclos eternos, de que todo fin se convierte en un comienzo, y de que las cosas vuelven a su estado originario. Puesto que la vida es un fluir y un cambio continuos, la ascensión y la decadencia alternan como el día y la noche, y el llegar a la flor de la propia fuerza marca el comienzo del declinar.

Decía Laotsé: Es (el origen del universo) un problema que desafía a la mente y al lenguaje de los hombres. Trataré de deciros lo que es aproximadamente. El gran *yin* es mayestáticamente silencioso; el gran *yang*, imponentemente activo. El silencio mayestático viene de los cielos, y la imponente actividad viene de la tierra. Cuando ambos se encuentran y se combinan, se forman todas las cosas. Algunos pueden ver la conexión, pero no aciertan a ver su forma. El crecer alterna con el decaer, la plenitud con el agotamiento, la oscuridad con la luz. Las cosas cambian cada día y cada mes se encuentran transformadas. Véis lo que está pasando cada día, y observad que el cambio es imperceptible. La vida viene de una fuente, y la muerte es no más que un retornar a esa fuente. Así, el comienzo sigue al fin en un continuo ciclo interminable. Sin el Tao, ¿cuál puede ser el principio generador que lo ligue todo?” (12).

Probablemente, la mejor manera de abordar la filosofía de Laotsé, es a través del importante ensayo de Emerson sobre “Los círculos”, que es fundamentalmente taoísta. Emerson hace uso del apóstrofe “¡Oh filósofo circular!”. De la filosofía de los “círculos” deduce Emerson exactamente las mismas consecuencias que Laotsé. Emerson enseña que “todo fin es un comienzo; que siempre hay un alba que nace en plena luz de la luna, y por debajo de toda profundidad se abre otra profundidad inferior”. Huei Shih enseñaba: “Lo que el sol en su cenit, es el ocaso en alguna otra parte”, y Chaungtsé escribió: “Para el Tao, el cenit no está arriba, ni el nadir abajo”. Emerson enseñaba: “No hay asidero fijo alguno en la naturaleza. No hay ningún asidero fijo para

(12) V. “Conversaciones imaginarias entre Confucio y Laotsé”.

los hombres”. Consiguientemente, “los nuevos continentes están hechos con las ruinas del viejo planeta; las nuevas razas se nutren de la descomposición de las precedentes”. Emerson presenta paradojas laotseianas procedentes de la filosofía circular. “La más alta prudencia es la prudencia más ínfima”, las virtudes de la sociedad son los vicios del santo”, “la gente quiere estar establecida; sólo en la medida en que no lo está hay alguna esperanza para ella”. El lector podrá encontrar un paralelo exacto, y a veces literal, de las paradojas emersonianas más arriba transcritas en las selecciones de Chuangtsé. Los dos ensayos de Emerson “Círculos” y “La Superalma”, son completamente taoístas, y los apreciamos mejor después de haber leído a Laotsé. También éste llegó a la misma creencia en relación con la relatividad de los contrarios: “La hermosura de un hombre es la fealdad de otro; la sensatez de un hombre es la locura de otro”. Y Emerson citaba a cierto campesino yanqui que empleaba un proverbio típicamente taoísta: “No bendigamos nada. Cuanto peor están las cosas, mejor están”.

El taoísmo en cuanto filosofía, por consiguiente, puede resumirse como sigue: es una filosofía de la unidad esencial del universo (monismo), de reversión, de polarización (*yin* y *yang*) círculos eternos, de nivelación de todas las diferencias, de relatividad de todas las normas, y del retorno de todo a lo Uno Primieval, a la divina inteligencia, a la fuente de todas las cosas. De esto nace naturalmente la ausencia del deseo de luchar y esforzarse y de bregar por el medro. Así, las enseñanzas de humildad del cristiano Sermón de la Montaña encuentran una base racional, y se engendra en el hombre una índole apacible. Al hacer hincapié en la no resistencia al mal, Laotsé ha venido a ser el precursor de un dilatado linaje de pensadores y moralistas que culmina en Tolstoy, como máximo discípulo moderno de la humanidad y la indulgencia cristianas. Convendría que algunos de los dirigentes del mundo (¿los hay?) leyesen lo que dice Laotsé sobre la guerra (Ch. 30-31, selección 68-1), la táctica militar (Ch. 68-69), los fundamentos de la paz (Ch. 79) y el desarme (selección 31-1). Más hubiera valido aún que Hitler hubiese tenido un poco de la sutileza de Laotsé,

“Tiende un arco hasta el máximo,
y desearás haberte detenido a tiempo”,

antes de que chascase el arco nazi. Podíamos habernos ahorrado mucha efusión de sangre.